

Lugares transitables

Lugares comunes

ANDRÉS ROJAS

Angosta, Medellín, 2018, 152 pp.

HAY LIBROS con los que uno conversa, con los que uno discute, con los que uno discrepa. Hay libros que por su naturaleza suscitan calificativos, impresiones, sabores, olores, sonidos. Para bien o para mal, para gusto o disgusto, para goce o reproche: los cuentos de Andrés Rojas son convencionales, rectos, limpios, tropicales. Son cuentos a los que se les nota el buen oído, la capacidad para capturar atmósferas, la inteligencia que genera preguntas. Y en los que se puede palpar la búsqueda de una propia voz, de una propia sensibilidad, de un propio baile.

No es que deslumbren. No es que arremetan. No es que ganen por ese famoso nocaut. Algo distinto: invitan a quedarse en ellos, a interrogarse por el paradero de sus personajes, a buscar el argumento. Y eso es destacable, y por eso hay que decir que *Lugares comunes* es un buen comienzo, una ópera prima que invita a seguir el paso.

El mejor ejemplo es “Pa la pista”, un relato bien estructurado, que sabe usar la jerga caleña y del Pacífico para crearles personalidad a sus personajes; que a través del narrador va dando cuenta de ese complejo de inferioridad que se refleja por oposición; que en unas pocas escenas –en unas pocas anécdotas– le configura un molde a ese individuo que retrata, y que al final deja una duda. ¿Qué habrá pasado con William? ¿Qué será de él? Hasta respuestas suscita: eso le pasa por dárseles de agrandado.

“Agrandado”, sí, ese es el adjetivo, porque aunque la trama podría cobijar otras urbes, uno se ubica en Cali: siente sus andenes, su calor, su gente, sus discotecas, su hablado. En otras palabras, uno se ubica espacialmente, se halla, se siente localizado.

¿Configura esto algún significado? No necesariamente. Pero si se me permite una digresión, desde hace un buen tiempo que el Valle del Cauca necesita un relevo en sus representantes literarios. Rojas se apunta a ser una de esas nuevas voces.

Eso no es todo, claro que no. “Infancia entre torcazas” es otra narración con el suficiente tacto como para arrojarse en la soledad de su personaje: ese niño que vive con los abuelos, que se pasa por casa de los primos, que se pasa por casa de los primos, que se pasa por casa de los primos, que se pasa por casa de los primos. Un cuento sencillo, que cuenta una historia sencilla, pero que demuestra suficiencia narrativa y la astucia para encontrarle un giro narrativo a una situación que parece irremediable.

La infancia vuelve a ser material de creación en “¿Cuánto puede elevarse un conejo?”, a saber: la maldad que puede derivar de la inocencia. Lo inclemente que puede llegar a ser un niño. No es un gran cuento, pero cumple su cometido.

Lo dicho: no noquea, pero invita a permanecer en el cuadrilátero.

En algunas ocasiones, la anécdota parece no trascender: el cuento llamado “Ángeles” se pasea por los escondrijos nocturnos de esa mítica avenida caleña: la Sexta. Parece más una crónica urbana que ese género que Chejov hizo tan respetable. No es que esto obstaculice el desarrollo de la narración, no es que sea censurable, no es que moleste, solo que la fuerza del intempestivo encuentro entre los dos personajes se esfuma con un final como este:

¡Que no me fue tan mal, decís!

¡Que no! ¡Llegué escurriendo a mi casa! Cómo sería que mi hermana me dijo: ¿Usted se fue a rumbear o se la pasó trotando toda la noche?

Y, ¿sabes qué?, cuando saqué el número pa llamar a la hembra, la servilleta estaba empapada y en el manchón apenas se distinguían dos números y un beso todo diluido.

¿Ah? Sí, muy de malas. Sí, muy de malas. ¿A vos no te ha pasado?

Claro, sí, sí, mucho güevón yo también. Y no aprendo, parece... (p. 69)

No es un secreto: si hay una cualidad eficaz en la narrativa breve es la vitalidad del comienzo y del cierre.

En un primer libro cabe de todo: la seguridad de algunas piezas y la duda sobre la propia duda: de pronto al lector le agrada lo que al autor le genera suspicacias.

Pues bien, “Gravedad” es otro cuento acertado: un narrador omnisciente que utiliza la fatalidad para

remontarse al pasado, a la introspección, a recuerdos que forjaron una vida en el umbral de la extinción.

No lo podemos ver pero ya nada de eso importa. El anciano, mientras sus huesos se rompían como tiza contra la porcelana, se ha fugado de mano de Eloise a una nada exuberante. En este momento se siente ingrátido, en una calidez neblinosa que se le asemeja al amor. Ya no guarda anhelos, ya no hay búsquedas. Vacío de exhalaciones, suspiros o nostalgia, el cuerpo del anciano descansa sobre su propio peso.

(p. 100)

Las relaciones amorosas, los amores fallidos, los amores idealizados, son una constante en los cuentos de Rojas. En “Juliana”, los interrogantes de lo que pudo haber sido y la certeza de lo que es se hacen material de fabulación. En “Lugares comunes” el encantamiento por una mujer es notable, el narrador lo hace vivificante, y cuando termina la historia, cuando pareciera que no ocurre nada, se vislumbra el acierto, pues la búsqueda narrativa es mostrar eso: que por más intensidad que brote, por más amor, por más pasión, a veces no pasa nada. Ah: no en la vida, sí en la ficción.

Son esos aciertos los que me hacen creer que el caleño tiene habilidad para narrar, para buscar formas, para ingeniar maneras de contar. No es que renueve o que se invente un cómo, no: al comienzo dije que sus relatos son convencionales, pero se nota la meditación para unir los hilos que ajustan la urdimbre. Eso permite que la lectura no se asfixie; quiero decir, que no se reduzca a divagaciones sobre experiencias o anecdóticos que en una pluma con menos oficio se estancarían en lo intrascendente.

Lugares comunes, en resumidas cuentas, es un libro que busca hacer de la intimidad un elemento en común con otras vivencias; son cuentos impregnados por encuentros fortuitos, por vicisitudes, por las aventuras que nacen o fallecen en la ciudad. Cali aquí es protagonista. Cali aquí tiene otra noción de referencia. Rojas hace de Cali un punto de partida.

Jair Villano